

haciendo resaltar la sinceridad i el civismo del impugnador de la moción i del voto unánime con que la Asamblea hizo suya la opinión sustentada por el Diputado de la Provincia de Santo Domingo. Luperón le dió contestación a la amistosa carta de su grande amigo, complacido, manifestándole su reconocimiento por los conceptos con los cuales se le atribuían méritos i virtudes dignos de un militar de honor i de un ciudadano consciente de su patriotismo.

Ambas cartas les fueron leídas al autor de estas líneas, en presencia de otros amigos i discípulos de Meriño, i un cordial abrazo de su antiguo maestro al discípulo en referencia fué una nueva credencial del concepto que este le merecía desde que estuvo a su lado en las aulas del Seminario de Santo Tomás de Aquino.

Aquel abrazo confirmó en mi conciencia, no sin emoción, el sentimiento del deber cumplido como ciudadano i servidor de la República.

El ilustre prócer restaurador — a quien re-

uerdo i evoco en esta segunda página evocadora, en relación con un rasgo de su carácter de prócer i de ciudadano, como lo evoqué i recordé en la primera página, antes aludida, con motivo de dos rasgos suyos de valor i de civismo — puso de manifiesto, en tal ocasión, que eran suyas i características las virtudes que se le atribuían por sus amigos i sus compatriotas fuera i dentro de la Asamblea Revisora. Eran propias i eran estas: la nobleza i elevación de su carácter; el concepto definido que tuvo siempre de la libre emisión del pensamiento, ya fuese en el ejercicio del ministerio del periodismo o de la tribuna, ya fuese en el ejercicio de cualquiera de las funciones del Gobierno; el amistoso i sincero reconocimiento a quienes, como amigos i compatriotas, le habían dado con su actitud cívica i con su voto consciente un testimonio del concepto de proceridad con que lo distinguían.

Esa proceridad civil y militar del héroe i del estadista es la que, justicieramente, se ha puesto de relieve i encomiado en la celebración del centenario del General Gregorio Luperón.

EL CENTENARIO EN PUERTO PLATA

DISCURSO LEIDO POR EL LIC. VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ, SECRETARIO DE JUSTICIA, EDUCACION I BELLAS ARTES, EN NOMBRE DEL EJECUTIVO NACIONAL, EL DIA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1939 EN HOMENAJE DEL HEROE CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Señores:

Hémos aquí, a la orilla del Atlántico y en el sitio en donde la tierra de Quisqueya se levantó en asombros para esperar, desde esa montaña solitaria, el paso milagroso de las carabelas descubridoras.

El escenario es imponente. Cara a cara, frente a frente, parecen medirse, en desafío de siglos, la perenne inquietud de las ondas y la perpetua serenidad de la montaña, todo ello bajo la mirada de los cielos de América, en los cuales la Libertad se envuelve en el más azul y luminoso de los mantos. Y aún hay algo más, algo que se manifiesta en transparencias sobre el panorama majestuoso, en placidez sobre

los espíritus, en fecundidad sobre la campiña, en felicidad y en esperanza y en fé sobre el corazón de los dominicanos: la paz. La paz constructiva que soñaron los delirios de tantos patriotas; la paz moral y material que soñó modelar el filo de tanta espada independentista y restauradora; la misma que, en evolución de inquieta nebulosa a espléndida estrella guiadora, ofrendan las manos benefactoras del Generalísimo Trujillo Molina ante el altar de la Patria.

Y he aquí, señores, que la República, en este día, vuelve su mirada para fijarla agradecidamente en una humilde cuna que hace exactamente un siglo recibió en su seno un vivo presente de la Gloria. Hace hoy cien años que



sobre la patriota, heroica y noble ciudad de San Felipe de Puerto Plata, descendió la gloria, hecha carne de inmortalidad en Gregorio Luperón.

Hace una centuria que la montaña "Isabel de Torres" acentuó su comba, armoniosa y plebética como un seno de madre, en ocasión de la natividad del héroe, y el viejo padre Atlántico entonó entonces su más azul y blanca canción de cuna. En aquella noche del ocho de septiembre del año mil ochocientos treinta y nueve, la estrella de Belén debió guiar hacia esta ciudad preclara...

Rendir culto a los héroes que construyeron nuestra historia y dieron perfiles de varonilidad a nuestras luchas redentoras, internas y externas, es blasón que enaltece a los pueblos conscientes y responsables de sus destinos. Para que tales finalidades fueran cabalmente alcanzadas, el Honorable Señor Presidente de la República, Doctor Jacinto B. Peynado, dictó como complemento de su Ley anterior su decreto No. 312, de fecha 27 de mayo de 1939, disponiendo el homenaje nacional del cual este acto es una manifestación. La Junta Nacional pro Centenario del Natalicio del General Gregorio Luperón, creada por aquel Decreto, pasó por la honda pena de perder a uno de sus más destacados componentes. Me refiero al presente ciudadano don Carlos Ginebra, lamentablemente desaparecido, y en homenaje a cuya memoria debemos dedicar en este acto un recuerdo respetuoso y sentido.

Señores:

Nada podemos dar a los héroes. Son ellos quienes con las manos colmadas, vienen hasta el presente, en marcha hacia la inmortalidad, repartiendo los dones que arrebataron a la gloria. Ellos mismos, en la Historia, a filo de espada, dieron plasticidad de estatua a sus figuras; con su propia sangre rubricaron sus credenciales de Caballeros de la Patria; en la epo-

peya de las cargas de caballería blandieron el machete que abrió las trochas de su fama; la carne de sus corazones alimentó la inextinguible llama de este patriotismo que hoy nos sigue alentando. Gregorio Luperón nos legó su ejemplo. Restaurador, político, guerrero, enmarcó sus actividades dentro del más ejemplar patriotismo. Incorruptible y audaz, fué escudo sobre el pecho de la Patria y espada en las manos de la República.

Ahora, en este momento que dista cien años del día de su nacimiento, nos encontramos en la ciudad que él blasonó con su cuna. Hasta San Felipe de Puerto Plata llega la moderna carretera que ostenta orgullosamente el nombre del héroe, y la cual salva distancias, vence cordilleras y corona cumbres altivas, tal como Gregorio Luperón — en vida — recorrió las distancias que lo separaban de los campos de batalla, venció los obstáculos que se levantaban ante el patriotismo, se empujó sobre el vértice de los heroísmos y — en la muerte — cruza las lejanías del olvido, hace de las montañas un pedestal para su ejemplar patriotismo y clava su estandarse heroico en las cimas de la historia nacional.

Gregorio Luperón: tu gloria es hija legítima de tu corazón patriota y de tus manos heroicas. Nació de tu carne, en generación espontánea de simientes providenciales, como un retoño de inmortalidad. Nada podemos agregar a tu gloria de patriota, porque de tus manos ella surgió completa, ejemplar y pura. Pero te ofrecemos, sin embargo, ahora que el ruido de las armas ensordece al mundo, el grandioso espectáculo de una paz constructiva, de una cultura en marcha, de una Patria respetada, tal como si en las manos viriles de Trujillo hubieran florecido y fructificado las simientes que tu patriotismo sembró tan hondo en el suelo que defendiste y en los sentimientos que cultivaste. Y es esa la mejor ofrenda que puede rendirse a los héroes de la Patria.

8 de septiembre, 1939.

